

EDITORIAL

REFLEXIONES SOBRE EL RETIRO PROFESIONAL DEL MEDICO¹

HABLAR sobre el retiro impresiona como una inoportuna advertencia o bien, como una anacrónica amenaza que por lo distante y alejada, despierta poco interés el dialogar sobre ella.

Sin embargo, el retiro en la vida del médico es un tema que ha ido adquiriendo forma y sentido; acumulando y valorando experiencias y causándonos preocupación razonada, al enfrentarnos a un fenómeno al cual ninguno puede escapar, si vive lo suficiente para tener clara visión de su existencia y así, sufrirlo o gozarlo si las circunstancias concurrentes se presentan favorables o adversas.

Pero si esperamos a sentir encima de nosotros el amargo peso del retiro para pensar en él sólo cuando éste nos es impuesto o nos llega inesperadamente; si no prevemos y analizamos con tiempo suficiente una situación que sin duda nos espera; si no acostumbramos a nuestro espíritu y a nuestra mente a mirar el problema como algo natural y, principalmente, si no exploramos con nuestro pensamiento con paciencia y sabiduría los diversos caminos que podríamos seguir cuando el momento del retiro llegue; o aún más, si no elegimos alguna de las sendas que probablemente absorberán nuestros pasos en ese futuro, estaremos procediendo con poca prudencia, virtud que, si nos guía, puede protegernos de faltas e imprevisiones y eliminar motivos de malestar e incertidumbre.

Retiro, es decir la acción y efecto de retirarse, no implica necesariamente aislamiento, soledad, recogimiento absoluto o hundirse en una vida de anacoreta. No, porque no es el retiro la terminación de una vida, aunque sí sea la terminación de una actividad específica que por muchos años hemos practicado.

Retiro, en el campo médico, implica simplemente cambio de actividad física, mental y profesional. Cambio de ambiente en que nos hemos movido; cambio de panoramas, de actitudes, de obligaciones, de método de vida. Implica dejar una disciplina que ya puede haber llegado a ser monótona y cansada, o

¹ Presentado ante la Sociedad Michoacana de Pediatría en Morelia, el 2 de marzo de 1968.

que aún es capaz de atraernos y entusiasrnarnos. Pero que la edad, con todo su cortejo de condiciones negativas nos aconseja abandonar para dedicar nuestra atención a otra disciplina, afín o extraña, a la que hemos seguido por toda la vida, pero que por ser nueva o por haber pensado en ella anticipadamente nos ofrece un placentero y deseado cambio y nos brinda una tácita invitación para envolvernos en ella con tanto amor y tanta devoción, como lo hicimos con la disciplina que ocupó la mayor parte de nuestra existencia.

Este cambio tan importante en la vida del médico, este retiro debe ser previsto, esperado y espiritualmente deseado. El retiro que se nos impone de orden superior, por edad muy avanzada o por disminución ostensible de nuestra capacidad científica; el retiro que no se previó y de la noche a la mañana se nos aparece inaplazable, o el retiro que por una enfermedad o por otra causa ajena nos queda como indeseable reliquia, produce en el médico honda amargura, hierre su espíritu y su honor profesional con una herida que requiere larga, disciplinada y penosa rehabilitación.

EL RETIRO POR INUTILIDAD FÍSICA Y MENTAL

Si por un error de concepto en el cómputo del tiempo, o por una falta de lógica en la facultad de autocrítica, el médico no percibe el insensible paso de los años y continúa sobreestimando sus valores de lucha y de competencia, sin darse cuenta de que su capacidad científica y su vigor han ido decreciendo, se encontrará inesperadamente con la traumática realidad de un retiro por orden superior. Y es que puede acontecer que este descenso en las facultades sea tan gradual y sutil que no lo advertimos, o bien, que lo disimule y compense la prolongación del sentimiento de respeto, de cariño y admiración que nuestros discípulos y amigos nos dispensan; sentimientos conquistados años atrás por un trabajo generoso y eficiente y que sigue formando una barrera de tolerancia a nuestras crecientes e inadvertidas imperfecciones.

La facultad para comparar y para juzgar disminuye por razón biológica y hablando en forma muy general se puede decir que después de los sesenta y cinco años la capacidad de análisis y de síntesis en muchos ángulos de los conocimientos médicos que avanzan y se transforman rápidamente, comienza a declinar, aunque puede conservarse y aun mejorarse en otros campos de la ciencia en donde la experiencia acumulada no haya sufrido tan violenta transformación. Cuando todo este sistema del entendimiento se empobrece, la competencia con los más jóvenes se hace imposible y desventajosa, obligando a una sustitución en las responsabilidades clínicas, docentes o de investigación. No obstante, la práctica médica en el medio social puede prolongarse por más años sin desventaja aparente, pues nos sirve de lento paracaídas el llamado ojo clínico, la sagacidad personal y la insistente presión y fe de una clientela que nos ha seguido por muchos años.

Fresco y doloroso guardo en mi memoria el recuerdo de algunos viejos maestros que fueron retirados por orden superior porque habían llegado a las condiciones descritas. "Mis alumnos" —me decía uno de ellos, a quien tuve la fortuna de conseguirle un modesto empleo durante su vejez, en íntima charla canalizadora de sus amarguras y de sus decepciones— "mis alumnos ya no me toman en cuenta; mis clientes se han ido con los médicos jóvenes; mi consultorio años atrás lleno hasta reventar, está vacío; mi cátedra se la adjudicaron a mi jefe de clínica, a pesar de que yo sé más que él, pues de algo sirven mi experiencia y mis canas".

Estos respetables maestros jamás habían pensado en su retiro o en que un día envejecerían. En ellos, fue insensible el paso de los años y la declinación biológica. La rápida evolución de la ciencia se les adelantó vertiginosa sin darles tiempo a entenderla y su autocrítica se anquilosó naufragando en una errónea y exagerada autoestimación. El retiro les llegó sin preparación económica ni preparación de su mente ni de su espíritu, ocasionándoles un trauma del que nunca se recuperarán. El aislamiento, la soledad y un ocio improductivo y sin meta entristecieron los últimos años de su vida mirando con rencor la pérdida de una posición social, docente y científica que les había pertenecido y que la creyeron eterna.

EL RETIRO PREVISTO Y ESPERADO

En esta época no debemos caer en el error que nos haría sufrir un retiro inesperado y sorpresivo. Con oportunidad previsora necesitamos pensar y descubrir esa etapa terminal de nuestra profesión. Ya no necesitamos sentir el traumatismo de las sorpresas, ni acumular rencores en nuestra alma porque hombres nuevos, con mentes más alertas y oportunidades de actualización más frescas absorbían nuestra clientela, o hereden la cátedra, o el departamento clínico del hospital o el laboratorio que por muchos años estuvieron bajo nuestra dirección. Debemos habituar nuestro pensamiento a esas futuras situaciones y prepararnos para recibirlas alegremente.

Ya nosotros vivimos las oportunidades que nos deparó la vida en el campo científico, docente o social y si fuimos sinceros, amamos nuestra profesión y actuamos con ética severa y sentido humano de servicio, ello nos debe de haber dejado una alforja llena de sabores gratos y de imborrables recuerdos que nos permitirán gozar, sin celos ni envidias, del desarrollo y del ascenso de los nuevos hombres; de aquellos que nos dieron la satisfacción de estimularlos en su trabajo y quizás de darles alguna ayuda profesional, o de aquellos otros que ingresaron a nuestro medio ya formados y maduros pero que recibieron un saludable impacto del ambiente en que nosotros actuábamos.

La tendencia profesional de nuestros días, propiciando una práctica de la medicina casi siempre ligada a instituciones oficiales o privadas pero que por ley

incluyen en sus reglamentos prestaciones proteccionistas para la edad del retiro, vuelve menos azarosa y angustiada la llegada de esos años de la vida.

Vivimos en la era de la previsión y del conocimiento que se adelantan advirtiendo hechos y calculando soluciones; pero si trabajamos sin pensar también en el mañana nuestra postura será anticuada y poco prudente y nuestra indiferencia nos hará sufrir innecesarias penas cuando el retiro nos llegue.

ALGUNOS PROBLEMAS Y ALGUNAS SOLUCIONES

Distintos problemas necesita prever y resolver el médico cuando decide su retiro, pero de ellos son dos los que más preocupaciones le acarrearán: primero, el problema económico y segundo el problema de cómo llenar su tiempo libre; de cómo emplear su obligado ocio.

En general, los médicos no acumulan riquezas para retirarse sin apuros económicos; pero existen en la actualidad variados sistemas de protección y de seguridad que ofrecen las compañías de seguros, sistemas a los que se puede ingresar con un modesto esfuerzo económico sostenido a través de los años si se ha puesto la mente en el futuro. Estas organizaciones son una garantía de tranquilidad para las situaciones que venimos comentando y están al alcance de todos.

Por otra parte, todos los médicos hemos tenido años de mucho trabajo y de ingresos que sobrepasan nuestros egresos permitiéndonos un ahorro modesto o abundante que seguramente ayudará cuando lleguen los años de retiro.

Por último, pero quizá en primer lugar, disponemos del sistema de pensiones de retiro que ahora tienen las organizaciones oficiales y no oficiales en las que hayamos trabajado nuestros años de práctica profesional. Pensión modesta o generosa que por vida nos provee de un ingreso seguro, el que agregado a una póliza de protección y al ahorro personal de los que ya hemos hablado, disminuyen nuestra preocupación en este temido trance.

La vida médica institucional, cada día más extendida en nuestro país, constituye un imperativo profesional de actualización y adelanto, y a la vez, ha venido a formar la base económica para el retiro previsto o para el retiro por enfermedad. Creemos que en un futuro no muy lejano pocos serán los médicos que no estén ligados a instituciones oficiales o privadas que otorguen estas prestaciones.

Si el problema económico se previó y si ha sido resuelto en forma amplia o estrecha, queda la incertidumbre mental y emocional de cómo llenar esa gran laguna de ocio que al día siguiente del retiro tenemos a nuestra disposición. Si no se ha meditado en ello, nos preguntaremos con inquietud: "¿Qué haré mañana que no voy al hospital?" "Si ya no tengo mi cátedra en la escuela ni clientela que me llame, ¿qué haré con mi tiempo?" Y entonces, el fantasma del tiempo vacío vendrá a confundirnos como una pesadilla.

Necesitamos planear qué hacer en esos largos días de inactividad que du-

rante el retiro se nos aparecerán incoloros y amenazantes. Horas muertas y monótonas que nunca creímos que existieran, porque por años y años las habíamos visto pasar de prisa, deslizándose inaparentes, sin alcanzarnos el tiempo para llenar compromisos y obligaciones sociales y profesionales. Este problema se atenuará si la previsión y el pensamiento se han adelantado buscando soluciones y explorando las distintas actividades que podrían ocupar ese ocio, el cual debe ser bienvenido, no ingrato y amargo.

· Todos hemos tenido un hobby o un pasatiempo o alguna fuga periódica que nos escondía del apremio del trabajo profesional, y ahora, podemos ampliarlo o ahondarlo o modificarlo. Muchos son los ángulos de la cultura y del esparcimiento que no conocemos por habernos dedicado incondicionalmente a una profesión que no admite esperas ni dilaciones; a la que no se le respetan horarios, ni tiempo, ni sueño y a la que se le exige constante actualización. El tiempo vacío nos trae la oportunidad de saborear la lectura, la música, la pintura, la jardinería, el campo y la naturaleza con todas sus variadas maravillas; panoramas que ofrecen al médico amplios y atractivos horizontes para consumir su ocio, transformándolo en productivo, agradable y lleno de filosóficas meditaciones. Le da la oportunidad para analizar, filtrar y grabar ideas, que apenas dejaron débil huella en su memoria durante la precipitada lucha de aquellos años de ayer.

Hay países como los Estados Unidos de América, en los que un gran número de médicos en retiro se dedican a cultivar granjas o huertos, buscando refugios aislados en el seno de la naturaleza, donde su tiempo se llena, dividiendo el trabajo activo con las quietas horas en las que se medita y se produce; incursionando en los campos de la ciencia, del arte o de la filosofía. Otros grupos hacen de la artesanía una ocupación eficiente, feliz y económicamente atractiva. Algunos más se sorprenden descubriéndose facultades que jamás habían supuesto tener, encontrando en ellas no sólo un placentero cambio de la vieja y crónica actividad médica, sino un manantial de delicadas satisfacciones. Muchos son los pintores, los músicos y los literatos que han surgido del ocio y ha sido ese oasis que encontraron al abandonar su vida precipitada, lo que les permitió dar al mundo adquisiciones valiosas, pensamientos guías y profundas reflexiones.

Para concluir estos comentarios podemos decir que llegar a la edad del retiro es un privilegio que nos reserva la vida. Una liberación de cargas largamente soportadas, aunque hayan sido cargas amadas y consentidas. Liberación que nos brinda la oportunidad de adoptar una nueva actitud para recorrer los pocos o muchos años que aún nos guarda el destino. Que nos crea un estado de ánimo desconocido abriendo nuevas proyecciones al pensamiento y a la acción; pero deberemos respetar las condiciones biológicas de adaptación, pues, de otra forma, nos convertiremos en seres de inquietudes desproporcionadas, agotadoras y sin meta.

El retiro profesional del médico requiere, para ser disfrutado, que se tomen en cuenta los años que se han vivido, aunque sin subestimar temerosamente sus propias facultades, ni tampoco sobrevalorarlas con juicio pretencioso. No nos consideramos inútiles por estar retirados, pero tampoco cometamos el error de sentirnos jóvenes y audaces.

La vida esconde bellezas, satisfacciones y misterios para todas las edades del hombre y si éste sabe buscarlas las encontrará fácilmente.

Por último, quiero decir con énfasis que es necesario prever el retiro, prepararlo y desearlo. Además, que no es prudente sobreestimarse ni engrairse con las situaciones profesionales docentes o sociales de que hemos gozado, pero que tendremos que abandonar mañana.

Finalmente, es alentador pensar con optimismo en que el promedio de vida cada día se alarga más, lo que permitirá al médico disfrutar de prolongados retiros productivos y felices.

DR. FEDERICO GÓMEZ.
